

**I** Jornadas de Investigación en  
Comunicación y Política:  
Los problemas de la subjetividad y la cultura



***Persistencia, ambigüedad y territorialidad de la noción de subalternidad***

*Claudia Rosa (FCE-UNER / FHAyCS -UADER)*

**Resumen:**

La pregunta por cómo representar lo popular implica no sólo replantear cómo fue abordado teóricamente sino repensar la manera en que se puso en juego la semiosis de lo popular, con la irrupción de lo masivo sumado a las nuevas tecnologías de los medios y las migraciones latinoamericanas que provocaron la redefinición del alcance del concepto de lo popular.

El concepto de cultura popular se cruza muchas veces con demasiada liviandad teórica con el concepto de subalternidad. En nuestra ponencia estableceremos una distinción clara a los efectos de ir viendo su implementación metodológica y analizaremos la persistencia, la negación, la ambigüedad y la territorialidad en el uso que se hace para describir procesos complejos en el contexto latinoamericano.

En esta ponencia presentamos la complejidad de los objetos de las culturas populares cuando se abordan temas de clase –cumbia villera–, sexualidad –la homosexualidad–, y etnia –cultura mapuche.

Palabras clave: subalternidad – criollismo – etnicidad – sexualidad

## 1. Persistencia de lo ambiguo

Este trabajo se abre con un problema que intenta trascender la problemática teórica de la tensión que se establece entre el concepto de cultural popular y el concepto de subalternidad. (Gramsci 2011; De Certeau, 1999).

En particular intentaremos evitar un recorrido crítico de los textos canónicos que constituyen los llamados estudios subalternos de la por así llamarla escuela hindú, y la deriva de los estudios postcoloniales que encabeza la Universidad Javariana de Bogotá con Mignolo y *adlateres*, que conforman un conjunto de relaciones académicas en el campo intelectual propio de las ciencias sociales y que apuntan a un nivel epistemológico de la condición actual de cierto marco de saber sobre las culturas populares en Latinoamérica. Me refiero a que todos los estudios latinoamericanos, sean en arte, cultura de masas, antropología cultural, medios de comunicación, en literatura, han sido reconfigurados en torno a conceptos como postcolonialismo, subalternidad, y le han dado a los estudios culturales clásicos nuevas terminologías que han habilitado términos como lecturas postidentitarias pero también posteleológicas.

Pero, en los últimos quince años, pululan en las academias latinoamericanas a través del fuerte impacto que provocan las academias norteamericanas, perspectivas contemporáneas que pretenden el título de innovadores al momento de abordar objetos de la cultura popular. Ahora bien: lo curioso de la situación del campo es que, cuando más *papers* teóricos se escriben, más persistente es la ambigüedad entre la noción de popular y de subalternidad, ya que el concepto de subalternidad, propio de la escuela hindú, trae al debate de la noción de clase otras reconfiguraciones como la de la religión, lo imaginario, la sexualidad. Y con frecuencia se olvidan de que el concepto de subalternidad no es una relación posible de describir modos de funcionamiento de los medios de comunicación o de la cultura de clase sino que hace referencia a una situación de conflicto y de lucha cultural. Es decir que para hablar de cultura subalterna tenemos que pensar que hay una cultura hegemónica, que pretende aplastar, subsumir, diluir, las diferencias de minorías en una lucha feroz. Con frecuencia vemos que se usa el concepto de subalternidad como si fuera un valor per se, cuando en realidad, no hay ambigüedad en ese concepto, porque de lo que se trata es de plantear el conflicto que existe con las relaciones de poder. Si planteamos como en esta mesa la subalternidad del rock

mapuche, de la literatura de la transexualidad latinoamericana, o del criollismo contrabandeado a través de la cumbia villera, es porque entendemos que son fragmentos de la cultura popular que están manifestando de algún modo un estatuto de diferenciación de la cultura ya sea promovida a través del Estado o a la hegemonía planteada por los discursos instalados como verdaderos, en la tensión que va de la academia al mercado.

El proyecto histórico de los estudios subalternos es de tratar de debatir la representación de los sujetos que ofrecen una resistencia y que reclaman su derecho a la diferencia y a lo heterogéneo (Spivak, 1998; Beverley, 1999). Pero el tema de la ambigüedad no es sólo propio del campo político académico que amolda estos conceptos según sus propias conveniencias de las normas que lo rigen, sino que radica en esa clásica pregunta de Spivak, si puede el subalterno hablar (Spivak, 1998). Y recordemos que en este artículo Spivak parte del debate amistoso entre Michel Foucault y Gilles Deleuze sobre los intelectuales y el poder. Spivak remarca que estos dos autores se apoyan fuertemente en la crítica de la noción de un sujeto autónomo. Ahora bien, el intelectual hindú de la Columbia University marca una visible trivialidad que es que a los intelectuales franceses se les había escapado la División Internacional del trabajo intelectual. Es decir, que en el campo intelectual hay lugares de nominación autorizados que se encargan de ontologizar el concepto del deseo –recordemos que para Deleuze y Guattari (2000) es el deseo el que ocupa el lugar revolucionario, porque el deseo no tiene sujeto, y sólo se fija por medio de la represión, para lo cual se requiere la reproducción de la fuerza del trabajo, al mismo tiempo de la reproducción de la sumisión de la ideología dominante para los estudiantes, para los intelectuales, para los obreros. Foucault resiste este aparato epistémico de un sujeto deseante, nómada, que puede escapar a las condiciones materiales de producción. Y su antagonista es Freud. Pero ambos intelectuales franceses dialogan respecto del significante “representación”, entendiendo con cierta displicencia que el concepto de representación es un significante de algún modo librado a la suerte de la cadena teórica en la que se ancla. El problema de esta concepción es que aparecen preconcebidos dos sentidos de la representación. Por un lado, el hablar por otro, como se da en la esfera de lo político, y por otro lado el de la re-presentación, en el sentido semiótico filosófico del concepto. Pero como para ambos teóricos la teoría es acción, el teórico-intelectual, quedaría afuera de la responsabilidad política de representar. Para decirlo en otros

términos: Spivak pone en evidencia que los intelectuales nos arrogamos el derecho de hablar por los sectores que no tienen voz, porque la teoría siendo acción quedaría por fuera de esta vigilancia epistémica. El artículo de Spivak ya tiene quince años de traducido al español, y todavía se mantiene la ambigüedad, que no es sólo epistémica sino que también es política, en tanto que los académicos al momento de describir procesos culturales seguimos dándoles la voz letrada a los que no tienen voz.

## 2. Territorialidad académica

A tantas páginas de discutir las fronteras entre lo popular y lo subalterno, a tanta lucha angustiante por llenar estos significantes con las propias posiciones políticas ideológicas personales, nos vamos olvidando que los estudios culturales se desarrollan en los departamentos de muchas universidades norteamericanas que han adoptado a los “estudios postcoloniales” en sus planes de estudios, y que bajo el sello culturalista y academicista se los despoja de la urgencia política, que caracterizó la búsqueda epistémica de los colegas de la India. Recordemos un territorio de la teoría: la mayoría de los fundadores de la revista *Subaltern Studies* pertenecían la elite bengalí entre 1970 y 1980, y la mayoría de ellos se había graduado en el College de Calcuta y ellos se diferenciaban radicalmente con la lengua. Es decir: hay una radical alteridad que representaba hablar hindi, bengalí y otros idiomas de la india que tenía una larga tradición filosófica y de cultura escrita. Ahora bien: las universidades norteamericanas adoptan estos estudios de subalternidad y crean fuertes debates en América Latina pero no alteran en ningún momento la relación de fuerzas del poder. Es la potencia de producción norteamericano académico el que crea un aparato conceptual formas de referencia y disquisiciones académicas respecto de los compromisos con las fuerzas sociales insurgentes. El otro territorio es el que está más cerca de los estudios semióticos, ya que el grupo modernidad-colonialidad encabezado por Walter Mignolo, con Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Santiago Castro Gómez, Edgardo Lander, etc. (Castro Gómez, 2007). El grupo fue lanzado desde la Duke University, e impacta de manera directa en todos los estudios latinoamericanos ya que la ciudad de Quito a través de la pedagoga ecuatoriano-estadounidense Catherine Walsh, organiza durante más de diez años reuniones y proyectos de discusión colectivos desde la Universidad Andina Simón de Bolívar de Quito. Esta

dependencia directa de las universidades latinoamericanas de las americanas, también la tiene Castro Gómez desde la Universidad Javariana de Bogotá.

El problema de este tráfico académico tuvo como consecuencia una cierta laxitud política y el corolario fue un multiculturalismo ornamental y simbólico que estaba muy cerca de las formulas del etnoturismo en donde el proceso de capitalización de la teoría no se terminaba de resolver (Rivera Cusicansqui 2010). El grupo de estudios postcoloniales ha construido un pequeño imperio dentro del imperio académico, con sus congresos, conferencias, becas, y así como en la última década los gobiernos y las elites latinoamericanas se han sensibilizado en las demandas de reconocimiento de minorías, también se esencializaba la noción de “pueblos originarios”, y desde la Academia, con la potencia de nuestro lenguaje descriptivo, nos seguimos atribuyendo la voz de los derechos culturales y territoriales indígenas por ejemplo, reapropiándonos –para decirlo en términos de Spivak– para nuestros propios intereses académicos, de la voz de los que no tienen voz. Esta territorialidad de las teorías que se lleva bien con una máquina latinoamericanista postmoderna relega el concepto de subalternidad a una descripción regional evitando poner en cuestión las condiciones materiales de producción y de la División Internacional del Trabajo.

### **3. Todo sexo es político**

Desde los años 90, en consonancia con ciertas derivas de los estudios de género en la academia estadounidense, tanto el sexo como el género fueron construidos discursivamente como lugares teóricos que podían dotarse de significados renovados a través de la representación que los intelectuales podrían hacer de la diferencia sexual. Los usos en plural para englobar el conjunto de posiciones del sujeto respecto del sexo y la definitiva inestabilidad de la noción de género como categoría de análisis, hizo estallar los estudios de género en una manera directamente relacionada con los estudios de subalternidad. Y si hay algo que el concepto de subalternidad tiene para aportar a la noción de diferencia sexual es justamente sus categorías de lucha política: no es lo mismo ser un homosexual en Manhattan que en Cuba, para poner el escenario americano-latinoamericano por donde discurren estos discursos. De lo que se trata es que cuando Reynaldo Arenas paga con el exilio su homosexualidad, la representación que produce no es sexual, es política, por más que sus

páginas estén cargadas de un brutal sexo callejero. Aquí Bataille sí podría lucirse explicando el uso de la literatura como un lujo, como una producción contra cualquier sistema de poder, como una producción lujuriosa, resistente y liberadora de cualquier sistema de poder, ya sea capitalista o comunista. (Bataille, 1993)

Pero si insistimos aquí en estas derivas y en estas ambigüedades de uso de los conceptos, es porque creemos que en las esferas académicas es el lugar en donde uno debe hacerse cargo de estas contradicciones, de estas genuflexiones tanto de la teoría como de la propia escritura, y que debemos tener la cautela de no pretender ser la voz de los sin voz.

#### **4. Finalmente**

Lo insurrecto, lo violento, lo reprimido, lo subalterno, la resistencia, lo estigmatizado, lo escarnecido, lo groncho, lo trucho, lo pobretón, lo rasca, lo pobre, lo negro, lo indio, lo bajo, lo mestizo, lo mezclado, lo fronterizo, lo marginal, lo feo, lo sucio, lo malo. Después de un siglo de mediatizaciones y democratizaciones tecnológicas es muy difícil que políticamente se pueda pegar el concepto de popular a algunos de estos adjetivos. La historia del concepto de popular junto al concepto de subalternidad remite a una noción de jerarquías de culturas, de diferencias, de clases sociales y si no sirven para pensar relaciones de poder no sirven. Ahora bien, nunca debemos olvidar que al concepto de lo popular queda democráticamente bien tratarlo en tradicionales como oposición a lo clásico y a lo culto y, que lo culto peyorativamente pegado a lo erudito, siempre tranquiliza nuestros horizontes de expectativas del pobre complejo de superioridad de los intelectuales de clase media de fin del mundo.

#### **Referencias bibliográficas:**

Beverley, John (1999). *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*, London: Duke University Press.

Castro Gomez, (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

De Certau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (2000). *Mil mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pretexto.

Foucault, Michel (2008). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Giorgi, Gabriel (2004). *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Spivak, Gayatri Chakravorty (1988). 'Can the Subaltern Speak?' in *Marxism and the Interpretation of Culture*, eds. Cary Nelson and Lawrence Grossberg, Urbana: Illini Books, 271-313.

Gramsci, A. 2011. *Que es la cultura popular*. Universidad de Valencia

De Certeau, M. *La cultura en plural*. Nueva Vision, 1999